

Wilkie Collins

La mujer de blanco



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Woman in White*
Traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez

Primera edición: 2014
Segunda edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Ramón Casas: *Retrato de la señora Baladia* (1908). Colección particular.
© Album / Kocinsky
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-955-4
Depósito legal: M. 5.839-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prefacio (1860)
- 13 Prefacio a la presente edición (1861)

Primera parte

- 19 Preámbulo
- 21 El relato de Walter Hartright, de Clement's Inn, Londres
- 186 El relato de Vincent Gilmore, abogado de Chancery-Lane, Londres
- 235 El relato de Marian Halcombe, extraído de su diario

Segunda parte

- 285 Continúa el relato de Marian Halcombe
- 480 Epílogo de un verdadero amigo
- 483 El relato del señor Frederick Fairlie, de Limmeridge House
- 511 El relato de Eliza Michelson, ama de llaves de Blackwater Park
- 570 La historia continuada por varios narradores
 - 570 El relato de Hester Pinhorn
 - 578 El relato del médico
 - 579 El relato de Jane Gould
 - 580 El relato de la lápida
 - 580 El relato de Walter Hartright

Tercera parte

- 591 El relato de Walter Hartright
- 754 El relato de la señora Catherick
- 772 El relato de Walter Hartright
- 854 El relato de Isidor Ottavio Baldassare Fosco, conde del Sacro Imperio Romano, caballero de la Gran Cruz de la Orden de la Corona de Bronce, gran maestro general y perpetuo de los masones rosacruces de Mesopotamia, miembro honorario de sociedades musicales, médicas, filosóficas y filantrópicas de toda Europa, etc., etc., etc.
- 876 Concluye el relato de Walter Hartright

Prefacio (1860)

En esta novela he tratado de realizar un experimento que, hasta donde alcanzo a saber, nunca se había intentado antes en el campo de la ficción. Toda la historia del libro la cuentan sus propios personajes. Cada uno de ellos ocupa determinada posición en la cadena de sucesos que forman la historia, y se van alternando para narrarlos hasta el final.

Si con la puesta en práctica de esta idea no hubiera logrado más que cierta originalidad formal, no se me ocurriría hacerla notar aquí ni por un momento. Sin embargo, no sólo la estructura del libro, sino también su enjundia, han salido ganando gracias a ella. Me ha obligado a que la historia esté avanzando continuamente, y ha permitido que mis personajes tengan una nueva oportunidad de expresarse, por medio de las contribuciones escritas que se supone que aportan al desarrollo del relato.

Al escribir estas líneas introductorias, me es imposible guardar silencio sobre la cálida acogida que este libro ha tenido en su publicación por entregas¹ entre mis lectores ingleses y norteamericanos. En primer lugar, espero que esa acogida justifique el que yo aceptara la seria responsabilidad literaria de aparecer en las columnas de *All the Year Round* justo después de que el señor Charles Dickens las hubiese ocupado con la obra de arte más perfecta y edificante que haya salido jamás de su pluma². En segundo, reconocer abiertamente la aceptación que ha tenido el libro hasta la fecha me brinda la oportunidad de dar las gracias a muchos lectores, a los que no conozco personalmente, que me escribieron para darme unos ánimos entusiastas mientras estaba ocupado en la redacción de mi obra. Ahora, conforme los hombres y mujeres de ficción entre los que he vivido tanto tiempo empiezan a dejarme, recuerdo muy agradecido que Marian y Laura hicieron tantos amigos en muchas partes que se me advirtió en tono perentorio que tuviese cuidado con cómo las trataba en determinado momento crítico de la historia; que el señor Fairlie halló unos comprensivos compañeros de sufrimientos que se me quejaron por no tratar su afección nerviosa con una indulgencia más cristiana; que llegó un momento en que el «secreto» de sir Percival se volvió tan exasperante que se convirtió en objeto de

1. Las entregas se publicaron entre noviembre de 1859 y agosto de 1860 en *All the Year Round*, la revista de Charles Dickens. En Estados Unidos se publicaron entre noviembre y septiembre en *Harper's Weekly*.

2. Se refiere a *Historia de dos ciudades*, cuya última entrega apareció en el mismo número en que se publicó la primera del presente libro.

apuestas (todas las cuales afirmo aquí que ya han quedado solventadas); y que el conde Fosco sugirió ciertas reflexiones metafísicas a los eruditos en dicha materia que a día de hoy sigo sin entender, además de provocar numerosas preguntas acerca de la identidad del modelo vivo en que estaba basado. Sólo puedo contestar a estas últimas confesando que muchos modelos diferentes, algunos vivos y otros muertos, han «posado» para él, y apuntando que el conde no habría podido resultar todo lo real que he intentado que fuese si mi búsqueda de materiales no hubiese ido, tanto en su caso como en el de otros, más allá de los limitados confines que representa una única persona.

Al presentar mi libro en forma completa a un nuevo grupo de lectores, he de decir que lo he revisado cuidadosamente, y que las divisiones de los capítulos, y algunas cuestiones menores de la misma índole, han sufrido aquí y allá algunas alteraciones con el fin de pulir y afianzar el desarrollo del relato. Si los lectores que han esperado a esta forma definitiva de publicación resultan ser un público tan amable como quienes lo siguieron a lo largo de su evolución semanal, la «mujer de blanco» se convertirá en la más querida de mi lista de conocidas sin nombre propio.

Antes de concluir, me gustaría plantear a los críticos una o dos cuestiones de carácter muy inofensivo e inocente.

En el caso de que se reseñara este libro, me aventuro a preguntar si es posible alabar al escritor, o condenarlo, sin contar el argumento de su historia. Tal y como está escrito –con las inevitables supresiones a las que

el sistema de publicación por entregas obliga al novelista-, llena más de mil páginas de letra muy apretada. Una considerable parte de ese espacio lo ocupan cientos de pequeños «vínculos conectores» de poco valor por sí mismos, pero de la mayor importancia para mantener la fluidez, realismo y verosimilitud de toda la narración. Si el crítico cuenta la historia y los incluye, ¿tendrá sitio en la página o columna que tenga asignada? Si no los incluye, ¿le estará haciendo a un colega de otra disciplina literaria la justicia que se deben los escritores entre sí? Y por último, si cuenta el argumento de la forma que sea, ¿qué servicio hará a los lectores, al destruir de antemano dos de los elementos principales del atractivo de cualquier historia, como son el interés propio de la curiosidad y la emoción de la sorpresa?

Harley Street, Londres
3 de agosto de 1860

Prefacio a la presente edición (1861)

La mujer de blanco ha sido tan bien recibida por un gran círculo de lectores que este nuevo volumen apenas necesita introducción por mi parte. Todo lo que tengo que decir sobre la presente edición –la primera que se imprime en un formato más económico y manejable– se puede resumir en unas pocas palabras.

He intentado, por medio de una cuidadosa revisión y corrección, lograr que mi historia siguiese siendo digna de contar con el favor del público. Ciertos errores que se me habían escapado mientras escribía el libro han quedado aquí rectificadas¹. Ninguno de esos pequeños fallos iba en modo alguno en detrimento del interés del relato, pero consideré más conveniente eliminarlos a la

1. Había ciertos errores cronológicos en las entregas y en la primera edición de 1860, que señaló la crítica aparecida en *The Times* el 30 de octubre de 1860.

primera oportunidad por respeto a mis lectores, con lo que ya no existen en esta edición.

Como algunos críticos han expresado sus dudas acerca de la correcta presentación de los aspectos legales de la historia, permítaseme que mencione que no escatimé esfuerzos –en eso como en todo lo demás– con tal de no engañar involuntariamente a mi público. Un abogado de gran experiencia en el ejercicio de su profesión tuvo la amabilidad de guiar minuciosamente mis pasos siempre que el desarrollo de la narración me llevaba a un laberinto legal. Planteaba cada cuestión dudosa a este caballero antes de atreverme a escribir nada, y todas las galeradas que se referían a cuestiones jurídicas fueron corregidas por él antes de que se publicase la historia. He de añadir, de acuerdo con autoridades judiciales de primer orden, que estas precauciones no se tomaron en vano. Desde que se publicó este libro, más de un tribunal competente ha tratado sus aspectos legales y ha decidido que estaban bien documentados.

Antes de concluir, quisiera decir algo más con respecto a la fuerte deuda de agradecimiento que he contraído con el público lector.

Que no se entienda como una presunción por mi parte si afirmo que el éxito de este libro me ha sido muy grato, ya que implicaba el reconocimiento de un principio literario que me ha guiado desde que empecé a dirigirme a mis lectores como novelista.

Siempre he defendido la vieja opinión de que el principal objetivo de una obra de ficción ha de ser contar una historia, y nunca he creído que el novelista que lleve a cabo debidamente esa primera condición de su oficio corra por

eso el peligro de descuidar la descripción de personajes, por la sencilla razón de que el efecto que pueda producir cualquier narración de hechos no depende de los hechos en sí, sino del interés humano que está directamente relacionado con ellos. En una novela, puede que sea posible presentar unos personajes bien delineados sin contar una historia, pero no lo es contar bien una historia sin presentar bien a los personajes, ya que su existencia como realidades reconocibles es la condición básica a partir de la cual se puede contar la narración con óptimos resultados. El único relato que puede aspirar a atrapar con fuerza la atención de los lectores es el que consigue que se interesen por los hombres y mujeres de los que les habla, por la razón obvia de que ellos también lo son.

La buena acogida que se ha dispensado a *La mujer de blanco* prácticamente confirma estas ideas, y me lleva a pensar que puedo confiar en ellas en lo sucesivo. He aquí una novela que ha tenido un recibimiento muy favorable porque cuenta una historia, y he aquí una historia cuyo interés –como sé por el testimonio de los propios lectores– siempre guarda una estrecha relación con el interés que despiertan sus personajes. Laura, la señorita Halcombe y Anne Catherick; el conde Fosco, el señor Fairlie y Walter Hartright me han ganado amigos allí donde se han dejado conocer. Espero que no pase mucho tiempo hasta que pueda volver a ver a esos amigos e intentar por medio de nuevos personajes despertar su interés por otra historia.

Harley Street, Londres
Febrero de 1861

Primera parte

Preámbulo

Ésta es la historia de lo que puede soportar la paciencia de una mujer, y de lo que puede lograr la determinación de un hombre.

Si se pudiera confiar en la maquinaria de la ley para dilucidar cualquier caso turbio, y llevar a cabo cualquier investigación con tan sólo una moderada ayuda por parte del aceite lubricante del dinero, los hechos que componen estas páginas podrían reclamar la atención del público en un tribunal de justicia.

Sin embargo, en ciertas ocasiones inevitables la ley sigue siendo sierva de la riqueza, por lo que la historia habrá de contarse por primera vez en estas páginas. Tal y como la podría haber oído el juez, así lo hará el lector. Desde el principio de la narración hasta su resolución, ninguna circunstancia importante se relatará basándose en testimonios de oídas. Cuando el escritor de estas líneas introductorias (Walter Hartright) sea quien esté

más estrechamente relacionado con los episodios que haya que narrar, él se encargará de contarlos. Cuando no lo esté tanto, se retirará del puesto de narrador para que dicha tarea la continúen, desde donde él la haya dejado, otras personas, cuyo conocimiento directo de los hechos en cuestión les permita relatarlos con la misma claridad y contundencia que él.

Así pues, la historia que aquí presentamos la contará más de una pluma, del mismo modo que la de un delito la cuenta en un tribunal más de un testigo, con la misma intención en ambos casos de presentar la verdad siempre de la forma más directa e inteligible, y de seguir el rastro de una serie completa de hechos haciendo que las personas que han estado más íntimamente vinculadas con ellos, en cada una de sus fases sucesivas, expongan su propia experiencia con todo detalle.

Demos pues primero la palabra a Walter Hartright, profesor de dibujo de veintiocho años de edad.

El relato de Walter Hartright, de Clement's Inn, Londres

1

Era el último día de julio. El largo y caluroso verano se acercaba a su fin, y nosotros, los cansados peregrinos del pavimento londinense, empezábamos a pensar en las sombras de las nubes sobre los campos de trigo y en la brisa de otoño de la costa.

Por lo que a mí respectaba, ese verano que se desvanecía me había dejado sin salud, sin ánimos y, toda la verdad sea dicha, también sin dinero. Durante el último año no había administrado mis ingresos con mi habitual cuidado, y ese derroche ahora me restringía a la perspectiva de pasar el otoño con moderación entre la casa de Hampstead¹ de mi madre y mis habitaciones de Londres.

1. Distrito del norte de Londres en el que Collins vivió cuatro de sus primeros años de vida.

Recuerdo que la tarde estaba tranquila y nublada; la atmósfera de Londres se encontraba en su punto más cargado y el lejano murmullo del tráfico en el más débil; el pequeño latido de vida de mi interior y el del gran corazón de la ciudad que me rodeaba parecían apagarse al unísono, cada vez con mayor languidez, según se ponía el sol. Me espabilé, dejé el libro con el que, más que leerlo, estaba perdido en ensoñaciones y salí de mis habitaciones para tomar el fresco aire nocturno de las afueras. Era una de las dos noches de cada semana que acostumbraba a pasar con mi madre y mi hermana, así que encaminé mis pasos hacia el norte, en dirección a Hampstead.

Los hechos que tengo que relatar hacen necesario que mencione ahora que mi padre había muerto unos cuantos años antes del periodo sobre el que escribo, y que mi hermana Sarah y yo éramos los únicos supervivientes de cinco hijos. Mi padre era dibujante al igual que yo. Sus esfuerzos le habían proporcionado bastante éxito en su profesión, y su afectuoso interés por dejarles asegurado el porvenir a los que dependían de él lo impulsó, desde el momento en que se casó, a dedicar a su seguro de vida una parte mucho más grande de sus ingresos de lo que la mayoría consideran necesario apartar para ese fin. Gracias a esa admirable prudencia y sacrificio, mi madre y mi hermana pudieron seguir viviendo tras su muerte con la misma independencia que cuando él vivía. Yo seguí sus pasos profesionales, y tenía todas las razones del mundo para sentirme agradecido por las perspectivas que me aguardaban al empezar a abrirme paso en la vida.

El tranquilo crepúsculo todavía temblaba en lo más alto de las colinas del parque de Hampstead, y la vista

de Londres en la lejanía se había hundido en un negro abismo bajo las sombras de esa noche nublada, cuando llegué ante la verja de casa de mi madre. Nada más llamar a la campanilla, la puerta se abrió con fuerza y, en lugar de la sirvienta, apareció mi buen amigo italiano, el profesor Pesca, que salió dichoso a recibirme mientras hacía una chillona parodia extranjera de un hurra inglés.

Por sus propios méritos, y permítaseme que añada que también por lo que me concierne a mí, el profesor se merece el honor de una presentación formal. La casualidad ha querido que él fuese el punto de inicio de la extraña historia familiar que es mi propósito narrar en estas páginas.

Había conocido a mi amigo italiano en varias casas importantes en las que él enseñaba su lengua y yo dibujo. Todo lo que sabía entonces de su vida era que había trabajado en la Universidad de Padua, que se había ido de Italia por razones políticas (de las que se negaba a hablar a nadie) y que llevaba muchos años en Londres convertido en un respetable profesor de idiomas.

Sin que llegara a ser enano, pues estaba perfectamente proporcionado de la cabeza a los pies, Pesca era la persona más pequeña que yo había visto jamás, fuera de las exposiciones de rarezas de las barracas de feria. Si ya su aspecto físico hacía que no pasara desapercibido en ninguna parte, destacaba aún más entre el conjunto de la humanidad por la inofensiva excentricidad de su carácter. La idea que dominaba su vida parecía ser la de que estaba obligado a demostrar su gratitud al país que le había dado asilo, así como un medio de subsistencia, esforzándose al máximo para convertirse en un verda-

dero inglés. Como no se contentaba con hacerle a la nación el cumplido de llevar siempre paraguas, polainas y un sombrero blanco, el profesor también aspiraba a volverse inglés por medio de sus costumbres y entretenimientos, así como de su aspecto personal. Al comprobar que nos distinguíamos como país por nuestro amor por el ejercicio atlético, el hombrecito, en toda su inocencia, se entregaba de manera improvisada a todos nuestros deportes y pasatiempos ingleses siempre que se le presentaba la oportunidad de practicarlos, firmemente convencido de que con voluntad y esfuerzo podía adoptar nuestras diversiones nacionales de los terrenos de juego del mismo modo que había adoptado nuestras polainas y sombreros blancos.

Yo lo había visto arriesgar ciegamente sus extremidades en la caza del zorro y en un campo de crícket, y poco después lo vi en Brighton arriesgar su vida en el mar con la misma ceguera.

Tras encontrarnos allí por casualidad, nos bañamos juntos. De habernos dedicado a alguna clase de ejercicio que fuese propia de mi país, me habría preocupado de que a Pesca no le pasase nada, pero como por lo general los extranjeros son tan capaces de cuidar de sí mismos en el agua como los ingleses, no se me ocurrió que el arte de la natación fuese uno más de la lista de ejercicios varoniles que el profesor creía que podía aprender improvisadamente. Poco después de que nos hubiésemos alejado de la orilla, me detuve al comprobar que mi amigo no me alcanzaba y me giré para buscarlo. Para mi gran horror y estupor, no vi nada entre la playa y yo, salvo dos bracitos blancos que se agitaron un instante

sobre la superficie del agua y, a continuación, desaparecieron. Cuando me sumergí en su busca, el pobre hombrecito estaba inmóvil en el fondo, hecho un ovillo sobre un lecho de guijarros, y con aspecto de ser muchísimo más pequeño. Durante los pocos minutos que transcurrieron mientras lo sacaba a la orilla, el aire lo reanimó, y finalmente pudo subir los escalones de la caseta² con mi ayuda. Con su recuperación parcial del movimiento, también regresó su falsa ilusión acerca de su capacidad natatoria. En cuanto dejaron de rechinarle los dientes y pudo hablar, esbozó una sonrisa y dijo que debía de haberle dado un calambre.

Cuando se recobró del todo y se unió a mí en la playa, su afectuoso carácter del sur se abrió paso en un instante entre toda la artificial compostura inglesa. Me colmó de las muestras más entusiastas de afecto; exclamó con vehemencia, a su exagerado modo italiano, que a partir de ese instante su vida estaba a mi disposición, y afirmó que no podría volver a ser feliz hasta que encontrase la forma de demostrarme su gratitud por medio de algún favor que yo no olvidase nunca.

Hice todo lo que pude para detener ese torrente de lágrimas y declaraciones, insistiendo en considerar únicamente la aventura como un buen tema sobre el que bromear, y al final me pareció que conseguía aminorar la abrumadora sensación de Pesca de que estaba en deuda conmigo. Poco me imaginé entonces, y poco me imaginé

2. Se refiere a las casetas que, sobre raíles, se adentraban en el mar y desde las que el bañista, después de cambiarse, podía meterse en el agua sin ser visto por nadie, algo muy en consonancia con la mojigatería victoriana.